

Mateo 21:28-32

Sermón Mateo 21:28-32 Pentecostés 19,2014 Ezequiel 18:1-4, 25-32; Fil. 2:1-5(6-1 1)

Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña”. Respondiendo él, dijo: “¡No quiero!”. Pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro le dijo lo mismo; y respondiendo él, dijo: “Sí, señor, voy”. Pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: —El primero. Jesús les dijo: —De cierto os digo que los publícanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios, porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publícanos y las rameras le creyeron. Pero vosotros, aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle.” (Mateo 21.18-32)

Este texto originalmente se habló a los adversarios de Jesús entre los judíos. Jesús había entrado triunfalmente en Jerusalén el domingo de Ramos. Había expulsado a los cambistas y los vendedores del templo. Las autoridades judías habían exigido que él les dijera con qué autoridad había hecho eso. Jesús en lugar de responder directamente, dirige una pregunta a ellos. “El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres?”.

En realidad, ellos tenían su respuesta. Sus acciones la habían demostrado. No creían que Juan realmente haya sido enviado por Dios, y por tanto no creían tampoco cuando él había dado testimonio de que Jesús era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Pero también sabían que la gente tenía a Juan como un verdadero profeta, y sería peligroso para ellos públicamente desmentir esa actitud. Así que respondieron a Jesús: “No lo sabemos”. Jesús les dijo: “Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas”.

Con eso Jesús hace una segunda pregunta a sus adversarios. “Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña”. Respondiendo él, dijo: “¡No quiero!”. Pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro le dijo lo mismo; y respondiendo él, dijo: “Sí, señor, voy”. Pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?”

Cuando Jesús hace la pregunta: “¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?”, estaba hablando a ellos, los líderes del pueblo judío que insistían que ellos hacían todo para Dios, y sin embargo no estaban cumpliendo lo más importante de la voluntad del Padre celestial. Pero también la pregunta se dirige a cada uno de nosotros, precisamente por ser personas que tenemos la palabra de Dios y la verdadera doctrina, pero estamos constantemente en el peligro de dejarlo como palabras nada más, sin que realmente determine nuestras actitudes y nuestras acciones.

¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Examinemos un poco esa pregunta.

Jesús primero presenta el caso de un hijo a quien el padre le manda ir a trabajar en la viña. Y él no tarda en responder, pero no es la respuesta que esperamos escuchar. “¡No quiero!” Es una respuesta que muestra la mayor insolencia y rebeldía. En lugar del respeto filial que un hijo debe a su padre, le dice un retundo “no” a lo que le dice su padre.

Aun una persona que no conoce los Diez Mandamientos dirá que eso es una afrenta terrible y que merece castigo. La desobediencia flagrante a la autoridad del padre cuando éste le manda hacer algo normal, cualquiera lo verá como condenable.

En su aplicación Jesús compara eso con la actitud inicial de los cobradores de impuestos y las prostitutas. Eran dos clases de personas que la sociedad judía consideraba lo peor de lo peor. El abuso y la extorsión de los cobradores de impuestos, además de su cooperación con las autoridades romanas, y la flagrante violación del sexto mandamiento de las prostitutas hacían que tales personas no sólo eran marginadas socialmente, sino se consideraban más allá de toda redención. Su misma vida era un rotundo “no” a todo lo que había ordenado Dios para su pueblo, para sus hijos.

Jesús, sin embargo, dice de este primer hijo: “Pero después, arrepentido, fue”. A pesar de su insolencia inicial, lo pensó después y adoptó otra actitud. Y demostró su actitud con sus acciones. Fue a la viña y se puso a trabajar.

En la aplicación Jesús otra vez compara esto con los cobradores de impuestos y las prostitutas. Muchas de esas personas, que la gente decente de su tiempo pensaba incorregibles, cuando escucharon el llamamiento al arrepentimiento y a creer en el

Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, creyeron. Dejaron su desobediencia, y mostraron su cambio de actitud con una vida cambiada. Un ejemplo sería Zaqueo: “Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado”. Por el arrepentimiento y la fe, han entrado en el reino de Dios.

Veamos el otro caso. “Y acercándose al otro le dijo lo mismo; y respondiendo él, dijo: ‘Sí, señor, voy’”. Inmediatamente reaccionamos que ésa es la actitud que queremos ver. Positiva, respetuosa, lista para cooperar. Es un modelo de cómo alguien debe actuar de acuerdo al Cuarto Mandamiento.

Sólo hay un problema. Son palabras nada más. De ese hijo que promete tanto, escuchamos después: “Pero no fue”. Se oía muy bien, pero el trabajo quedó sin hacerse.

Y así volvemos a la pregunta que Jesús dirigió a los líderes judíos que habían exigido que él les dijera con qué autoridad había expulsado a los cambistas y vendedores del templo. “¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?” Ellos mismos tenían que contestar: “El primero”. Reconocían que el primer hijo, después de sus palabras duras e insolentes, a fin de cuentas, cambió de actitud y realmente hizo lo que el padre de familia había mandado. Y que por muy bonitas que se oyeron las palabras del otro hijo, a fin de cuentas, no hizo lo que el padre había mandado.

Jesús también tenía palabras de aplicación de la situación para ellos. Les dijo: “De cierto os digo que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios, porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las ramera le creyeron”. Con eso Jesús realmente está dando su respuesta a la pregunta que había hecho a ellos. “El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres?” Jesús claramente indica que hacer caso o no hacer caso a lo que predicó Juan es realmente la reacción al verdadero Padre, Dios. Juan predicó, llamando a todo el pueblo judío al arrepentimiento para preparar el camino para la venida del Señor. Es más, les indicó a sus oyentes que Jesús es el Mesías, el Cristo, que vino para salvar a su pueblo. Muchos que habían dicho no a Dios, que habían adoptado un estilo de vida que era la negación de todo lo que Dios llamó a su pueblo a ser, al oír el llamado de Juan al arrepentimiento, y al oír que había llegado el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, se habían

arrepentido y creyeron que Jesús era el Salvador que quitaba sus muchos pecados. “Le creyeron”.

En cambio, los líderes judíos, que profesaban estar tan dispuestos a cumplir todo lo que Dios había mandado, se sentían insultados con la idea de que ellos necesitaran el arrepentimiento y el perdón del Hijo de Dios que había nacido para salvar a su pueblo. Oyeron el mismo mensaje como los que abiertamente habían sido pecadores, pero no creyeron el mensaje de Juan; no creyeron en aquel a quien Juan había señalado como el único Salvador. “Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis”. Y eso fue su error fatal. Una vez se preguntó a Jesús qué obra deberían estar haciendo para hacer la voluntad de Dios. “Que creáis en aquel que él ha enviado” (Jn. 6:29), fue la respuesta. “Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida, porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió.” (Juan 5:21-23).

Por todo el celo que mostraban por la ley y las tradiciones de los padres, eso no lo hicieron. Podían ver las vidas cambiadas de los publicanos y prostitutas y otros grandes pecadores. “Pero vosotros, aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle”.

Pero la pregunta que confronta a nosotros al escuchar esta breve parábola es, ¿cuál hijo somos nosotros? ¿No hay algo de la actitud inicial del primer hijo en nosotros también? ¿No sucede con demasiada frecuencia que hemos sabido cuál era la voluntad de Dios para nosotros, pero aun así hemos rechazado esa voluntad para seguir nuestro propio camino y nuestros propios pensamientos y deseos? ¿No hemos también a veces contestado “no quiero” cuando Dios nos ha llamado a la obediencia que debe fluir de la fe? En todo esto, viene el llamamiento a nosotros también: Arrepentios, y creed en el evangelio. Dejen su mal camino, y crean en Cristo para vivir, como hicieron muchos cobradores de impuestos y prostitutas del tiempo de Jesús.

¿Y no hay siempre el peligro especialmente para nosotros que estamos conscientes de tener la pura palabra de Dios y la verdadera doctrina, de ser como el otro hermano, que con la boca a todo ha dicho que sí, pero el corazón se queda lejos y no hacemos lo que el Padre más desea: que nos arrepintamos de veras y creamos de corazón en Cristo y busquemos cumplir

siempre su voluntad? Jesús dijo a los líderes judíos que no habían creído a Juan. Pero dijo que los cobradores de impuestos y las prostitutas iban delante de ellos al reino de Dios. Seguramente si persistían en su falta de arrepentimiento e incredulidad, no estarían en el reino de Dios, sino por mucho que profesaban su presteza para servir a Dios, no lo hacían. Pero, y esto es lo importante, todavía el camino quedaba abierto. Si los otros iban delante de ellos, existía la posibilidad todavía de que ellos siguieran después. Todavía no estaba cerrada la puerta al reino de los cielos. Todavía existía la posibilidad de que aun esos adversarios todavía recapacitarían y llegarían a creer en Jesús como su Mesías y Salvador. Y el mismo camino queda abierto para cada uno de nosotros.

Así que, sea que nuestra primera respuesta al Señor haya sido “no quiero”, o “sí, Padre, voy”, el camino de arrepentimiento y fe sigue abierto. Queda cierto que “el que cree en el Hijo tiene la vida eterna”. El Padre sigue llamando. Que respondamos ahora: “Sí, Padre, voy”, y luego vayamos. Amén.